

monedas como la España, en el solo espacio de ochenta años, de Augusto á Calígula (1). En el reinado de este último, que hizo consular de Roma á su caballo Incitato, de repente se vedó á las provincias el usar de un derecho que hasta entonces habian estado disfrutando, y solo Roma acuñó las monedas del imperio. Las medallas imperiales de las ciudades españolas son todas de cobre, de peso y tamaño diferentes; las de plata no pertenecian propiamente á la ciudad, sino á algunas familias ricas cuyo nombre llevaban. La única medalla de oro que se haya conservado, es la que la ciudad de Cartagena mandó acuñar en honor de Galba. La mayor parte de las medallas de esta época no ofrecen labor primorosa ni esmero en su hechura como las de la antigüedad mas remota; la plata es mas fina, pero el trabajo del artista mas tosco. Florez cree, y los monumentos favorecen su opinion, que antes de ser romanos, los españoles descollaban en la fabricacion de las monedas, de lo que es obvio convenirse por las medallas que se han salvado del naufragio de los siglos. Su labor en este género antes de la conquista, es de un primor esquisito, y muestra cabalmente el arte griego. Aun es mas notable su figura, pues muchas monedas del periodo imperial están mal cortadas y sin la debida redondez, lo que al parecer está indicando que no se valian de maquinaria para labrarlas, sino únicamente del yunque, del martillo y de las tenazas. La estampa que sin embargo se ve en algunas, comprueba que los españoles se amaestraron en el punzon. La fabricacion de las monedas estaba bajo la inspeccion de los ediles, cuyo nombre suelen apuntar, y muchas veces tambien el de los duumviros monetarios. Amonedaban los españoles mas

bien la plata y el cobre que el oro, por cuanto aquellos metales mas divisibles en quebrados mínimos, eran mas cómodos para el tráfico en la compra y venta de renglones menudos y usuales.

En cuanto á las minas de España, de que la antigüedad ha hablado mucho, y cuyo número é importancia moderna abulta sin disputa Masden, los romanos desatendieron en sus primeras conquistas el beneficiarlas. Se contentaron con extraer las riquezas metálicas de la península tales como las hallaron en los vencidos, y les dejaron la libertad de desentrañarlas de la tierra. Catón fué el primero que pensó en aprovecharse para el estado de este manantial de riquezas, impuso un tributo sobre todas las minas de la península, concediéndolas del pais conquistado, en cierto modo por via de arrendamiento, á los particulares que quisieran beneficiarlas; lo que era en algun modo declararlas de la hacienda pública. Las condiciones de esta especie de arrendamiento estaban escritas en planchas de bronce, y el plazo corriente solia ser de un quinquenio. Esta última disposicion solo se introdujo bajo los emperadores por Augusto ú Tiberio. Bajo sus sucesores el estado dispuso por sí mismo algunas obras de escavacion, y vinculó en sí el beneficio de cierto número de minas; lo restante se dejaba á los particulares ó á compañías, con la condicion de pagar solamente al fisco una contribucion señalada de antemano, la que era tan crecida que le hubiera cuadrado mejor el nombre de alquiler ó arrendamiento. Regularmente los que arrendaban estas minas bajo los emperadores eran romanos ó italianos, elegian otros sub-arrendadores entre los españoles, y no siempre acudian á presenciar y disponer los afanes de la empresa; lo que denota que les redundaba un producto muy cuantioso. Con todo esto en los últimos tiempos del imperio, habiéndose apurado en gran parte las preciosas venas con tanta escavacion, ya no se presentaron arrendatarios, y cuando los bárbaros invadieron la península; hallaron abandonadas casi todas sus minas; mas no eran solamente las minas de oro y plata las que se hallaban en España, puesto que abundaban tambien las de plomo. Los romanos dieron tierras á algunos pueblos de la Península para su subsistencia, con la sola condicion que trabajarían en estas minas de plomo en provecho del estado. Los habitantes de la ciudad de Meidobriga, en la Lusitania no pagaban otro impuesto, y por este motivo los llamaban *plumbarios*. Las poblaciones empleadas en estos afanes solian ser enfermizas. Los arrendatarios, revestidos por los emperadores del derecho de beneficiar las minas, eran generalmente

(1) Florez, medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España, etc.—Las ciudades españolas en las que se acuñaba moneda subien á un número considerable. Estas ciudades eran, en Lusitania, Eborá, Emérita, Osonoba, Pax-Julia y Salacia; en la Bética, Abdera, Acinipo, Asido, Asta, Aria, Arva, Astapa, Baillo, Callet, Cárhula, Carmo, Carisa, Carteya, Cavra, Celti, Córdoba, Gades, Iliberis, Ilipe, Ilipla, Litujijs, Ilureo, Ipagro, Itálica, Ituci, Julia, Lelia, Lastijis, Miróbriga, Munda, Murji, Nema, Obulco, Onuba, Oripo, Osca, Oset, Rómula, Sállici, Searo, Sisapo, Tarteso, Julia-Traducta, Tucesi, Ventipo, Ujia, Ulia, Urso; y en la Tarraconense en fin, Acci, Ausa, Bilbilis, César-Augusta, Calagurris, Cartago-Nova, Cascanto, Cástulo, Celsa, Clunia, Dertosa, Empotias, Ercávica, Gracurris, Ilerca, Ilerda, Ilici, Osca, Osicerda, Ostur, Palancia, Roda, Saetabis, Sagunto, Segóbriga, Segovia, Tarraco, Toletó, Turiaso y Valencia. Tampoco faltan medallas de algunas ciudades inciertas, Bora, Ceret, Ipora, Iripo y Lont-Olonte.

publicanos, hombres hacendistas, que tenían á su servicio un gran número de esclavos, cuya suerte se conceptuaba la mas desgraciada del mundo, puesto que se condenaba á las minas á los malhechores de la infima clase. El número de hombres libres que podian emplear los arrendatarios durante su arrendamiento estaba prefijado á cinco mil. Algunas veces daban á las minas el nombre de los emperadores ó de sus privados, otras el de los patronos que estaban bajo de su vigilancia. Habia una llamada Antonia, del nombre del triunviro Antonio; otra llamada Livia, del nombre de la mujer de Augusto; y aun otra Salustia, del nombre de un amigo del mismo emperador. Plinio nos dice que el arriendo de la primera redituaba anualmente una suma que puede valuarse en moneda de nuestros dias á cerca de cien mil duros. Parece extraño que los romanos que como se ve, no dejaron de aprovecharse directamente de las riquezas metálicas de la península, no hayan ellos mismos abierto nuevas minas en esta pais. Y se ha pensado que antes de ellos sin duda los cartagineses habian descubierto y beneficiado todas las principales vetas. Los romanos sin embargo perfeccionaron mucho el trabajo de las minas que hallaron abiertas. Sus pozos, segun Gobet en su obra sobre la metalurgia de los antiguos, eran redondos, sus galerías escavadas con el mejor arreglo, y revestidas por dentro de una especie de betun de cal que hacia la superficie de las paredes lisa como la de una vasija de tierra cocida (4). La España suministraba á los romanos todos los metales de que se está haciendo uso todavía. La Lusitania les surtia plomo en abundancia, y la Galicia de estaño. Del monte Mariano y de las minas de Livia se extraia en gran cantidad un cobre de calidad sobresaliente, y tambien zinc. Plinio advierte que el cobre del monte Mariano era el mas apetecido, y que hecho moneda, sacaba los visos del laton mas bruñido.

El oro sacado de estas minas no se trabajaba todo en España, sino que se espedia una parte á Roma en rielés. Estos la reducian desde luego á polvo, y despues extraian de él el oro puro por medio del crisol.

(4) Habia junto á Cartagena una mina de plata en un monte llamado hoy de la Granada, por su alguna apariencia de tal. Es un cerro, por decirlo así, *descoronado* con todo el interior yaciado por sus faldas, sin asomos de galerías ni tránsitos arreglados, sino de un trabajo tosquisimo y costoso. En el dia asoman por el fondo algunos visos, piritas ó lo que fuesen, de cobre y otros metales, mas no de plata. (N. del T.)

En la España citerior, y principalmente en Bilbilis (Calatayud), habia fábricas de armas muy afamadas. Todos los autores antiguos hablan de la escelencia de estas armas. «Luego que conocieron la espada española, dice Montesquieu hablando de los romanos, dejaron la suya,» y los romanos eran inteligentes en espadas. Mucho antes de la conquista, Bilbilis surtia de armas toda la Celtiberia; y mas adelante la fabricacion del acero se fué siempre perfeccionando. Filon, matemático de Bizancio, habla del modo cómo los artífices españoles probaban sus espadas para cerciorarse de la finura de su temple: las levantaban sobre su cabeza teniendo con una mano la punta y con otra el puño, y las iban doblando hasta que les tocasen los hombros, despues de lo que era indispensable que la espada se enderezase sin quedar ni menos recta, ni menos tiesa, sin lo cual iba á parar al desecho. Bilbilis se acaudaló en gran manera con su comercio de armas, y no las hubo de otro pais alguno que fuesen tan apetecidas por los romanos.

Bajo los emperadores, los artistas y fabricantes de toda clase habian llegado á ser muchisimos en España. Las artes y oficios formaban en las diferentes ciudades gremios, puestos por lo mas bajo la presidencia de un patron elegido de los ciudadanos mas visibles, cuyo cargo, del todo paternal, solo duraba por un tiempo determinado, y se engreian con este nombramiento. Vemos por una inscripcion de Córdoba, que Junio Boso, Miloniano, ciudadano ecuestre de aquella ciudad (duumviro), era al mismo tiempo prefecto de los herreros. Otras inscripciones relativas á los gremios se hallan en gran número entre las de Porcuna, de Tarragona, de Cabra, etc. Se han recogido muchos epitafios dedicados á los mismos artífices que serian sin duda los mas sobresalientes de su clase: en ellos figuran muy particularmente los marmolistas, lapidarios, plateros, fundidores, y los cinceladores, y algunos se dan el dictado de artífices, anejos especialmente al servicio de los emperadores. Sobre este punto nada nos queda que envidiar á la España romana del imperio, pues tenemos silleros, sombrereros del rey, etc. Una inscripcion muy curiosa, hallada en Aragon, hace saber á todos que un cierto Pafio Pafiano, *barbero imperial*, era al mismo tiempo el escanciano y gustador de los manjares que se servian á la mesa del emperador, *tonsor et prægustator Caesaris*. Este escelente español, que habia sin duda ejercido estos cargos en Roma, habia venido á morir en su patria, y declara en su epitafio que ha hecho edificar el sepulcro en que yace, para él, para Eufrosina, su amable y honesta

esposa, y para sus tres hijos (1). Varias veces se ha hablado en la historia de los emperadores de estos *ensayadores* de sus viandas pregustadas, cargo que se solia confiar solamente á oficiales de cierta graduacion. Tambien hay inscripciones de Sevilla y Astorga, en la que se hace mencion de los *dispensatores Caesaris* ó proveedores ó regalers de César. Seria fácil el estender estas observaciones sobre las costumbres, los monumentos, y en particular las inscripciones de aquella época que abundan en España, y nunca es por demas el estudiarlas.

Las comunicaciones abiertas en España incorporada ya con el imperio romano, para todas las provincias del mismo, debian por cierto alentar y avivar la agricultura en los campos no menos que la industria en las ciudades. En las provincias septentrionales de la península, antes de Augusto, solo se cultivaba la tierra para sacar lo necesario, y bajo los emperadores se dió grandísimo impulso á la agricultura española. Asi como el Africa, España tambien se contaba en el número de las provincias abastecedoras de Roma (*nutrices Romæ*). Abundaba el trigo, y los cereales que mas se cultivaban era la cebada y el candeal. La primera se cosechaba en la Celtiberia dos veces al año (2) á lo menos así se practicaba en tiempo de Plinio: los granos los conservaban en una especie de aposentos subterráneos ó silos, contruidos de ladrillo, ó bien en hoyas abiertas simplemente en un terreno muy seco, y el grano se depositaba allí todavía en espiga; en Cartagena, y generalmente en la España citerior, lo depositaban en pozos, y el fondo y paredes de todos estos almacenes subterráneos estaban guarnecidos de una capa muy espesa de pajas para atajar el ambiente. En las provincias meridionales se cultivaba con esmero especialísimo el cardo, y los huertos de Cartagena y Córdoba, aunque de muy poca estension, dicen que por esta sola produccion grangeaban sumas cuantiosas. El vino á pesar de todos los edictos, se habia generalizado en gran manera, pero con todo era crecidísimo

mo el consumo de un licor estraido de diversos frutos, de la sidra y de la cerveza. Se anteponia el vino de Tarragona á los mejores vinos de Italia, y toda la costa oriental y meridional, estaba planteada de viñedos muy celebrados. En tiempo de Plinio hacian sumo aprecio en España de una uva grande y negra que llamaban *cocolovi*, y de la que habia dos especies, dulce la una y ácida la otra, y ambas todavia se cultivan hoy en la provincia de Granada. Las viñas de la Bética y las de las costas del Mediterráneo estaban espuestas al influjo de un viento que las dañaba, y al que nombraban *vulturno*, bochorno ú solano, el mismo nombre que daban al que azotaba las costas de la Pulla: para preservarlas de las ráfagas de este viento cubrian los racimos, al asomo de la canícula, con ramaje de palmera. Durante el imperio, el aceite era renglon de mas entidad para fuera, aventajándose aun al del mismo vino. Segun Columela, lo encerraban en unas vasijas de hierro en las cuales echaban agua tibia; lo amasaban luego con violencia, y despues sacaban lo que se sobreponia para mezclarlo en seguida con el jugo esprimido de algunas hojas tiernas de olivo, lo que le comunicaba cierto dejillo amargo que gustaba mucho á los romanos. Galeno recomienda el uso del aceite de España, y lo considera como una medicina astringente con motivo de la mezcla que le echaban.

Los españoles cultivaban el lino con acierto; y en Asturias, Galicia y provincia de Tarragona hacian un lienzo en estremo fino y blanco, y apetecianlo los romanos. Se preferia, segun Plinio, el lino de Zeólico para la fabricacion de las redes, y con el mismo lino se labraban cedazos delgadísimos y afamados en toda Italia. Pero el lino de Sétabis se aventajaba á todos los demás. Su nombradía era tal que los pañuelos ó servilletas no tenian entre los romanos otro nombre que el del mismo tegido, y se llamaban *setabinas*. *Permutabis prioribus setabis*, dice Plinio en su dedicatoria á su amado *Tito Vespasiano César* (1). El mismo Plinio no duda en

(1)

Q. PAPHIVS.

Q. F. PAPHIANVS.

TONSOR.

ET. PRAEIVSTATOR. CAESARIS.

FECIT. SIBI.

ET. EVMPHROSINAE.

VXORI. AMABILÍ. B. M.

ET. NATIS. III.

(2) En el dia no hay ejemplar de esta cosecha doble de cebada.

(N. del T.)

(1) C. Plinius Secundus, T. Vespasiano Cæsari suo. (Plinio, Hist. Nat., l. 1.)—Plinio, con estas palabras *permutabis prioribus setabis*, alude á unas servilletas ó pañuelos de lino que se habian cambiado á Cátulo en perjuicio suyo. El poeta se querella del chasco amargamente en uno de sus epigramas. Sétabis, hoy Játiva, estaba situada sobre un pequeño rio que desagua en el Júcar. Tolemeo, l. 2, c. 6, escribe *Σαταβίς*, y Estrabon, lib. 3, *Σεταβίς*. En las inscripciones y medallas, el nombre latino está escrito *Sætabis*. M. E. Johanneau opina que la ciudad de Sétabis debia su nombre á su fabrica de servilletas ó pañuelos de lino, y que este nombre, en cuanto á la primera radical, viene del griego $\psi\alpha\omega$

decir (lib. 19, sec. 2,) que Sétabis llevaba la palma en Europa en el cultivo del lino. (*Similiter et in regione alliana inter Padum Ticinumque amnes, ubi à Sétabi tertia in Europà lino Palma.*)

Leése asimismo en Silio Itálico (lib. 5):

Sétabis et telas Arabum sprevisse superba.

Et Pelusiaco filum componere lino.

y en el *Cinejeticon* de Graciano (vers. 41), citado por M. Johanneau,

Hispanique alio spectantur sctabes usu.

Los habitantes de la Tarraconense cultivaban con particular esmero el *spartum*, planta de la familia de las gramíneas (*stipa tenacissima* de Linné), que no se debe confundir con el *genista* de los naturalistas, que es una especie de retama conocida por el nombre de retama de España. Esta planta muy útil, que crecía con abundancia en grandísimas llanuras por las regiones meridionales, daba el primer material de excelente cordaje de que se hacía cuantioso comercio, y servía además para diferentes usos. Cartago, Grecia, Roma y toda el África, desde los tiempos más remotos, habían reconocido la importancia y adoptado el uso del esparto; y Plinio y Varrón hacen larga mención de sus propiedades. Se ha conseguido, según Mr. Bowles, el usar de esta planta de más de cuarenta modos diferentes, y últimamente, bajo Carlos III, hasta se halló el medio de hilar el esparto y labrar con él lienzos bastante finos. En Francia y particularmente en Provenza, en algunos puertos de Italia, en Cerdeña Córcega y Sicilia se fabrican de él con mucha abundancia, lo mismo que en España, cuerdas, estuches, cestas, sacos y medidas para los cereales, redes para pescar, manteles, servilletas y otros renglones para los usos domésticos y diversos oficios.

Se traía á Roma de España grandísima porción de frutas secas, y sus higos eran muy apreciados, sacándolos también en gran abundancia de

(1) C. Plinius Secundus, T. Vespasiano Casari suo. Plinio.
 ó ψαίω, *enjugar, limpiar*, por la mutación de la ψ en σ, como en σπταχός por ψιτταχός; por la segunda, de γάπης ó δάβης, tapete, tapiz, como en ἀλιτάπης, tapete de púrpura, y significa por consiguiente la ciudad en donde se fabricaban servilletas ó pañuelos de lino. El cambio de Sétabis en Játiba, vuelto á su forma primitiva, se explica según M. Johanneau, por la analogía de la ψ de la Ξ, y por la del sonido y sentido que media entre ψάω y Ξέω.

la isla de Iviza. Estos higos, según refieren autores antiguos, los dejaban secar en el árbol mismo que los producía, y en seguida los encerraban en cajillas para comerciar con ellos. Wernsdorf intenta inferir de un paso de Estacio, que desde aquel tiempo se cultivaba en la misma isla de Iviza la caña de azúcar. Muchos infelices sacaban su mantenimiento por los campos recogiendo la semilla de escarlata, producida por el depósito que hace de sus huevos un insecto llamado kermes sobre los carrasquitos. Los pobres solían acudir así á los tributos que les imponían; y esta producción aun hoy hace vivir á muchos habitantes de la Andalucía. Plinio y Dioscórides hablan también del color de púrpura, del azul armenio ó de Ultramar, de una especie de caparrosa cenicienta (que algunos creen sulfato de zinc) con que surtía la España á lo restante del imperio. La púrpura se hallaba quizás en las costas de la península ó de las islas inmediatas, y en efecto había establecido en Iviza un bañadero ó tintorería de púrpura; el lápiz-lázuli, que Plinio coloca entre las producciones naturales de España, se ha hecho ahora en extremo escaso, si es que aun se encuentre. Si volvemos á los vegetales, vemos que Plinio celebra sobremanera los abetos de España, los que paran-gona en belleza con los cedros. El mismo escribe que en Sagunto se había empleado madera de estos árboles para construir el templo de Diana que se creía haber sido en la más remota antigüedad (1). También alaba los plátanos del mismo país, que algunos han creído de importación romana en la península. Los romanos apreciaban estremadamente este árbol por su gallardía preciosa y por la agradable sombra que daba; y no ha mucho que se mostraban todavía en las Asturias y cerca de Valladolid plantíos muy hermosos de plátanos, que según decían, fechaban de la época romana; mas por lo que parece, el plátano, indígena en España, tan solo había sido cultivado con más esmero por los romanos. La pujanza vegetativa que descollaba en los árboles del país fomentaba la cria de venados, y la lozanía sustanciosa de los pastos robustecía el ganado castizo caballar y mular, que constituía uno de los ramos principales del comercio nacional.

(1) Per hæc tempora (ut auctor est Bocchus, referente Silio) idem Zacynthus comes Herculis, templum Dianæ apud Saguntum condidit, in quo trabes juniperi posuit, quibus Annibal, ultimus Cartaginensium imperator, religione ductus pepercit: quæ adhuc tempore Plinii, ut ipse narrat libro 46, cap. 41, stabant, nempe annis 1770. F. Tarphæ, de Reb. Hisp., in Scotto, Hisp. illust.

La inmensa demasia de lujo que rebosó mas y mas en tiempo de los emperadores engrandeció sobremanera el comercio de los españoles, aficionándolos al tráfico que se ha ido perpetuando con especialidad por los puertos marítimos. Con el afan de saciar toda aficion y todo apetito, abocó Roma el orbe entero para franquear trajes á sus mujeres, adornos á sus ciudades y manjares esquisitos á sus banquetes; encenagándose despues de haber conquistado el mundo en un piélago de deleites. Fueron entonces volviendo para España parte de las riquezas que sus procónsules le habian robado. Los barcos de la Bética trasportaban á Roma abundantes cargamentos de trigo, vino, frutos, aceite, kermes, cinabrio, lanas finísimas, cera, miel, pez, pescados salados, lienzos y telas de Galicia. No hervia y prosperaba menos el comercio en Barcelona, Cartagena y Rosas. Todas las ciudades situadas en el Bétis y en la costa del Mediodia, desde donde obviamente se llegaba al estrecho y al mar interior, como Híspalis, Canama, Oducia, Nema y hasta Córdoba, tenian compañías de Mareantes, llamados *escapharii* en una inscripcion de Sevilla; en Málaga estas compañías comerciaban en pescado salado. Todas tenian en Roma sus grandes almacenes, sus casas de Banco y algun patron ó padrino entre los patricios ó ciudadanos mas esclarecidos. Consérvase una inscripcion dedicada á Q. Petronio, prefecto de la primera cohorte recia, *patron de los negociantes de aceite en la Bética*. Senio Reguliano, caballero romano, era á un mismo tiempo protector, ó como han querido suponer, agente y procurador interesado con los traficantes en aceite de la Bética, de los de vino de Leon, y de los barqueros del Saona (*Araris*) de Borgoña (1). Habia

en Roma otras sociedades que estaban en continuas relaciones con la Cantabria y Galicia, de donde sacaban metales, principalmente estaño y además lino. Los navegantes españoles se habian afamado en Roma en el primer periodo de los emperadores, esto es, en los tiempos estragados de los Tiberios, Calígulas, Claudios y Neronés. Si hemos de creer á Horacio, aun en el tiempo de Augusto las señoras de la nobleza romana se dejaban embelesar con el boato que ostentaban aquellos advenedizos. Los gaditanos como de estirpe fenicia, eran los emprendedores de viajes mas largos, surcando allá por mares desconocidos con el denuedo que requeriria la carencia de la brújula y demás auxilios modernos para la navegacion; pues consta que negociaban por las costas occidentales del Africa. Opinan algunos sabios que habian llegado á doblar el Cabo de Buena Esperanza y hacer el comercio de la india Oriental, fundados sin duda en aserciones de autores antiguos. Con efecto, Plinio habla de los restos de barcos españoles encontrados en el golfo Arábigo. Añade, refiriéndose á Cornelio Nepote, que Eudoro, á fin de librarse de la venganza del rey Laturno, se habia embarcado en el mar rojo, y siguiendo las africanas costas, habia llegado hasta España; este paso no se halla en las obras de Cornelio existentes en el dia. Otro autor antiguo, citado por Goselin, refiere que movió un español por el afan de sus ganancias, habia abandonado su patria é internándose por el océano Atlántico hasta Etiopía. Lo que parece positivo es que los gaditanos llegaban hasta las costas de Guinea; iban en buques pequeños, cuya proa estaba adornada con la imágen de un caballo, á la pesca del atum; Cádiz debió por mucho tiempo su opulencia á esta activa navegacion. La paz debida al reinado de Augusto fué mas perjudicial que ventajosa para Cádiz, pues durante aquel tiempo descolló el afan mercantil en las provincias españolas como en algunas otras del mundo romano, con lo cual, no tan solo perdió las riquezas que ya tenia adquiridas, sino la especie de monopolio que habia ejercido, cuando ensanchando sus relaciones traficaba con las regiones mas lejanas.

España logró el timbre de campear con su propia literatura en la antigüedad. Despues de aquel corto número de poetas y escritores castizos, elevados, garbosos y clásicos del siglo de Augusto, cuanto se escribió en Roma vino á ser parto de españoles. Contiéndase allá por la preferencia entre las dos literaturas, y antepóngase la una á la otra, todo esto es naturalísimo; pero es tambien innegable que reseña harto esclarecida aparece de orado-

(1) D. M. S.
 C. SENNIO. REGULIANO,
 EQ. R.
 DIPPUS. OLEARIO. EX. BAETICA.
 CURATORI. EIUSDEM. CORPORIS.
 NEGOT. VINARIO.
 LUGUDUN. IN. GANABIS. CONSISTEN.
 CURATORI. ET. PATRONO.
 EIUSDEM. CORPORIS.
 NAUTAE. ALARICO.
 PATRONO. EIUSDEM. CORPORIS.
 PATRONO.
 IIIII. UR. LUGUNDUNI. CONSISTENTIUM.
 L. SILENCUS. REGINUS. AVVS.
 FILI EIUSDEM.
 PONENDUM. CURAVERUNT.
 PROCURANTE.
 DIONISIO. ET. BELLICIANO.

res, poetas y filósofos, donde asoman Séneca, Lucano Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela y Pomponio Mela, ciñéndonos á los mas ilustres. Tales son los maestros de la literatura hispano-latino-pagana, tales son tambien los primeros entre los escritores de Roma despues de la época de Virgilio y Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio y que dice relacion con el númen español de las edades posteriores. En la energia singular de ciertas pinceladas de Lucano, en el encumbramiento y señorío de sus pensamientos, en cuanto constituye el estilo de Lucano, que era una de las leyendas predilectas del gran Corneille (y esta misma afición de Corneille lo comprueba), se repara aquel desfogue caballeroso, que es uno de los timbres de la literatura española. Hay tambien hermandad patente entre la elevacion y pujanza en que sobresalen los escritores dramáticos del pais de Lucano, en otras edades, y los mismos dotes en los rasgos grandiosos de la Farsalia.

La Harpe, cuyos dictámenes por fortuna no sirven de autoridad para nadie, en su llamado *curso de literatura*, donde la de los antiguos está tan raramente desentrañada, se descerraja contra Séneca con su acostumbrada liviandad, ó mas bien desvergüenza. Bastaba que Diderot fuese afecto á Séneca, con quien tenia por otra parte cierta hermandad, para que la Harpe se enemistase con él, y este es el manantial de su encono de estudiante contra el filósofo hispano-romano. ¿Tendremos que escudarlo contra los embates de la Harpe? Concedemos que Séneca no fue escritor de una pureza irreprochable; pero ¿qué ingenio tan fecundo! Hubo dos Sénecas casi igualmente afamados: Marco Aneo Séneca, el orador, y Lucio Aneo Séneca, su hijo filósofo y poeta. Con el nombre de Séneca va hermanado el de Lucano, su sobrino y paisano, hijo de un español esclarecido, el orador Aneo Mela. Toda esta familia era de Córdoba; Marcial ha dicho: Córdoba blasona de dos Sénecas y de un Lucano.

Duosque Senecas, unicumque Lucanum.
Facunda loquitur Corduba.

La cuestion de si Séneca el filósofo fué el autor del teatro publicado bajo su nombre, afaná en gran manera á los literatos. Sidonio Apolinar parece que apunta otro autor.

Non quod Corduba præpotens alumnos.
Facundum ciet, sui putes legendum,
Quorum unus cohit hispidum Platona
Incassumque suam monet Noronem;
Orchestra quatit alter Euripidis, etc.

Pero los dos versos de Marcial, citados antes, nos parecen decisivos. En vano, tomando por autoridad estos otros del mismo Marcial:

Et docti Senecæ ter numeranda domus
querrán decir que denota tres Sénecas; pero sin duda Marcial abarca á Aneo Lucano entre los tres Sénecas de que habla.

Sabida es la suerte peregrina de Lucio Aneo Séneca. Embullado en las intrigas palaciegas de los emperadores; privado de Claudio al pronto; luego deserrado á Córcega, donde la tradicion del pais está dando su nombre á unas ruinas llamadas la *Torre de Séneca*; traído á poco para maestro de Neron: ministro opulento, temido por el hijo de Agripina, escribió en verso y en prosa, en medio del remolino borrascoso de su vida siempre azorada. En varios pasos de sus obras asoma retratado al vivo el menosprecio de la muerte con que tenian los filósofos que pertrecharse por entonces; y así al decretar Neron su sentencia, se hallaba ya armado, y vino á demostrar que acertaba á desempeñar los dictámenes idénticos que habia vertido; pues mientras la sangre le iba brotando de sus venas, y le escaseaba ya mas y mas la vida, filosofaba con Paulina, su mujer, que moria con él. No tenia que decir de sí, como Ciceron: *Nimirum timemus exilium famenque ac mortem.*

Nos consta que Lucano tuvo la misma suerte y el idéntico paradero de su tio. Neron le odiaba en gran manera. El incendiario de la ciudad eterna se vanagloriaba de ser gran poeta y escelente músico, y veia en Lucano un competidor. Tácito nos dice que murió recitando versos de la Farsalia adecuados á su situacion. Tenia tan solo veinte y siete años. Séneca y Lucano pararon poco en su patria, engolfándose entrambos desaladamente en la carrera política: abrigaron constantemente sus pechos la memoria de España, pero no bastó para desenamorarlos de aquel torbellino de Roma que debia ser su sepulcro.

Quintiliano, el maestro juiciosísimo de retórica de Calaguris, vivió tambien embargado todo en el desempeño de su cátedra, sin desviarse apenas de Italia (1). Silio Itálico, de Itálica, viajó por Es-

(1) No es este el lugar de ir dando la biografía, y entendernos demasiado sobre los reales y lunares de cada uno de estos escritores de la segunda literatura romana. Solo hacemos mencion de ellos para probar el grado de encumbramiento intelectual á que habian llegado los españoles durante el periodo imperial.